

Los problemas sociales y económicos de Chile en el examen de dos sociólogos

Julio César Jobet

Los años de la primera guerra mundial fueron de prosperidad para el Fisco chileno. Las entradas provenientes de las grandes ventas de salitre financiaban los gastos del gobierno y permitían la construcción de algunas obras públicas. Esas entradas extraordinarias disimulaban la infecundidad del régimen parlamentario y el marasmo general del país. En medio del conformismo reinante aparecieron dos libros del más alto valor sociológico, como denuncia y programa a la vez, sobre la atrasada y patética situación nacional. En 1917 se publicaron "El Problema Nacional", del educador Darío E. Salas, y "Oligarquía y Democracia", del periodista Tancredo Pinochet Le Brun. El libro de Darío E. Salas, implacable análisis de la situación educacional de Chile, tuvo amplia difusión, removió el ambiente, repercutió en el Congreso Nacional e influyó en la dictación de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, en 1920. La obra de Tancredo Pinochet, en cambio, no logró el impacto de la de Salas, a pesar de su mérito. Apareció con una introducción del doctor Carlos Fernández Peña, apóstol del antialcoholismo; y en ella examina los aspectos sobresalientes de la raza chilena, de su medio geográfico y recursos; de su desarrollo y problemas más importantes. En páginas encendidas defiende al pueblo chileno y deshace las interesadas acusaciones sobre su inferioridad, como resultado de sus vicios. Por el contrario, considera a la minoría gobernante, ciega y egoísta, la única causante de la decadencia del país, de la postración de su pueblo. Según Tancredo Pinochet, Chile no es una democracia; su gobierno reside en manos de una oligarquía plutocrática y política, cuyos privilegios mantienen aniquilada a la nación, en el atraso material, en la injusticia social y en la incultura.

Al hacerse cargo de las acusaciones corrientes en contra de las clases populares por parte de personeros o representantes de quie-

nes las explotan y oprimen, rebate su alcoholismo como tendencia natural, porque "el alcoholismo es fomentado entre el pueblo por las clases dirigentes que son las que controlan la industria del alcohol, la cual representa en el país un capital de 263.464.734 pesos, con 110.000 personas ocupadas directa o indirectamente en las industrias alcoholizadoras. Esto constituye una fuerza social que empuja al obrero a la taberna". El pueblo no es borracho porque sí; lo es por la acción de fuerzas sociales, económicas y políticas, las cuales fomentan el alcoholismo: "nuestra oligarquía no se vanagloria de explotar el fierro o el cobre, sino de producir vino".

El chileno es capaz de un trabajo esforzado, como lo demuestra en las faenas del salitre, del carbón, del hierro; en las labores del campo en el centro o en el extremo sur, en condiciones terribles. El obrero de las minas realiza jornadas de doce horas diarias, y el campesino aún mayores. La fortaleza de la raza es asombrosa y hasta ese momento el alcoholismo no la ha abatido; no es flojo, ama el trabajo, pero el obrero y el gañán son explotados, mal pagados y carecen de estímulos. Tampoco es enemigo del estudio, pues posee ansias de aprender, de estudiar, de surgir; no es torpe, todo lo aprende con facilidad y se desempeña con acierto. Refuta su mala fama de ladrón, porque es asunto de educación, como en lo referente al aseo, el cambiar en un sentido positivo.

En los diversos aspectos del carácter o de la idiosincrasia, presenta rasgos favorables: los chilenos no son pusilánimes, ni derrochadores, y son capaces. Escribe Tancredo Pinochet: "La raza chilena, el pueblo de Chile, en su conjunto, son una raza y un pueblo capaces. El que nuestros "Lajas" no estén domados y no estén rindiendo millones de caballos de fuerza, no quiere decir que no tengan esa fuerza, sino simplemente que no se ha aprovechado esa fuerza. Así también el que no se

aproveche la capacidad de esta raza, no quiere decir que esta capacidad no exista, sino que no se ha aprovechado”.

Es enorme la variedad de recursos inexplorados o apenas explotados, y muy grande el desconocimiento de sus verdaderos recursos naturales: los geólogos aseguran la existencia de petróleo en Magallanes y de nuevos mantos de carbón, de minerales de hierro y de cobre; además hay enormes reservas de maderas; inmensas fuerzas hidroeléctricas; una rica y prodigiosa fauna marítima; suelos aptos para el cultivo de arroz, caña de azúcar y frutas. Al efectuar el balance del progreso nacional, sobre un medio geográfico rico y con una raza capaz, se pregunta si nuestro grado de progreso corresponde a tal riqueza y a tal capacidad. En respuesta exhibe el terrible atraso general, la miseria y la mortalidad de sus masas trabajadoras. Con respecto al problema de la vida, manifiesta: “Tenemos una organización nacional de una eficiencia estupenda para aniquilar la raza y matar a sus hombres. Todo Chile es un matadero infantil. El conventillo, la taberna, la ruca del inquilinato, el campamento de la salitrera, todos estos son baterías más perfectas que la más moderna maquinaria bélica de los países en guerra, para concluir con la población chilena y cercenar la pujanza física de los pocos que quedan con vida...” La salubridad es pésima; la habitación se encuentra en pavorosas condiciones y el alcoholismo en aumento: “los conventillos de nuestras ciudades son una afrenta para cualquier país que se llame civilizado”, e igual juicio formula con respecto a los campamentos salitreros y los ranchos de inquilinos; y “el medio millón de inquilinos chilenos, no están más incorporados a la vida nacional que el millón y medio de nuestras vacas”.

En la estructura social y política del país, comprueba una profunda separación de clases, siendo avasallador el predominio de una reducida minoría privilegiada, dueña de la riqueza y del poder político. Es el **gobierno de una oligarquía**. Los presidentes y parlamentarios están estrechamente emparentados y unidos por los lazos de la riqueza. Para romper tan cerrada oligarquía y dar paso a una efectiva igualdad social y con ella desatar el progreso del país, corrigiendo abusos, eliminando instituciones arcaicas, nivelando los recursos, es preciso iniciar la hora de la democracia auténtica. La solución del atraso del país exigía la vigencia de una real democracia en lo económico, en lo social y en lo político.

La voz de Tancredo Pinochet, como la de otros sociólogos, cayó en el vacío. El régimen oligárquico parlamentario continuó ahondando los males del país y acumulando contradicciones explosivas.

A raíz del término de la primera guerra mundial, el régimen parlamentario experimentó una profunda conmoción y un evidente agrietamiento. En 1919 se desató una gravísima crisis económica; se paralizó la industria salitrera. El Estado dejó de percibir sus mayores entradas y millares de obreros quedaron cesantes. Sobre las masas trabajadoras hambrientas y sobre las clases medias pauperizadas llegó la influencia beligerante de la revolución triunfante en Rusia Zarista y el ejemplo de confusas experiencias extremistas en Alemania, Hungría... La crisis capitalista, de una parte; el éxito de la revolución rusa en Europa, y la consolidación de la revolución mejicana, en América Latina, estimularon la formación de un amplísimo movimiento social y político en Chile. En él se integraron las grandes masas populares, hasta ese momento indiferentes y ajenas a los llamados de la acción política, y las agrupaciones de los sectores dinámicos de las clases trabajadoras: la Foch (Federación Obrera de Chile), organismo sindical clasista desde 1919; la I.W.W. (Trabajadores Industriales del Mundo), núcleo sindical de acción directa, constituido en 1919; el P.O.S. (Partido Obrero Socialista), de cuadros reducidos, pero activos, y con numerosos dirigentes obreros fogueados; la Asamblea Obrera de la Alimentación, vasto frente de explotados, de asalariados y consumidores; y la Fech, (Federación de Estudiantes de Chile), organismo de la juventud universitaria que, en 1919, abandonó su posición apolítica y se sumó al gran movimiento y despertar sociales. Se alió a los organismos señalados y algunos de sus dirigentes fueron militantes de la I.W.W. y de la Foch.

El vasto movimiento social y político, de repudio al régimen parlamentario oligárquico, lo canalizó en su provecho electoral la conjunción política populista de la Alianza Liberal, con su caudillo verboso y demagogo, senador Arturo Alessandri Palma.

La reacción reprimió, a través de diversos medios, las actividades de los organismos obreros y trató de hacer fracasar la candidatura presidencial de Arturo Alessandri. La Unión Nacional, conglomerado político derechista, y su candidato Luis Barros Borgoño contaron con la decidida intervención del Gobierno a su favor, a través de un ministerio decididamente unionista.

El gobierno persiguió a los elementos populares de acuerdo con el famoso "Proceso de los Subversivos" y, además, con la farsa de "la guerra de don Ladislao". El Ministro de Guerra, oligarca Ladislao Errázuriz, inventó un supuesto peligro de guerra en el norte; movilizó el ejército y envió 60.000 soldados a esa zona, a mediados de junio de 1920. Los despidió en la Estación Mapocho, con estas palabras tribunicias: "Váis cumpliendo una noble y elevada misión que compromete la gratitud nacional". A pesar de ser una burda comedia, "la guerra de don Ladislao" se tradujo en la compra de caballares y provisiones por millones de pesos en los fundos de la oligarquía. ¡La farsa apuntaba a un doble beneficio! Sin embargo, respecto al propósito de impedir la victoria de Alessandri, no tuvo éxito. El 25 de junio de 1920, Arturo Alessandri obtuvo un gran triunfo en las urnas, creándose un verdadero estado pre-revolucionario en el país. La reacción consternada, para ella Alessandri y sus partidarios eran "Lenin y sus bolcheviques-maximalistas" en la Moneda, continuó utilizando procedimientos de fuerza, terroristas, con el propósito de despojar de su triunfo al abanderado de la combinación populista.

La Foch tomó un acuerdo el 18 de julio de 1920 condenando la movillización militar ordenada por el Ministro de Guerra y a raíz de él, el 21 de julio, con motivo de las manifestaciones patrióticas de despedida a las fuerzas que iban al norte, miembros de "la canalla dorada" y turbas asaltaron y destruyeron el Club de la Federación de Estudiantes, en calle Ahumada, porque sus elementos "eran espías vendidos al oro peruano".

Mientras tanto, un Tribunal de Honor, por 5 votos contra 2, reconoció el triunfo de Alessandri, y el Congreso Pleno, el 6 de octubre de 1920, respetando aquel fallo, proclamó a Arturo Alessandri Palma, Presidente de Chile, y el 23 de diciembre se hizo cargo de su mandato.

El Gobierno de Alessandri fracasó, y por la oposición oligárquica, atrincherada en el Senado, el parlamentarismo llegó a su máxima descomposición. Un golpe militar lo derribó el 5 de septiembre de 1924, y un nuevo pronunciamiento, el 23 de enero de 1925, lo repuso. En este corto período, Arturo Alessandri se preocupó de la dictación de una nueva Constitución de la República, en la cual se estableció el sistema presidencial de gobierno con el objeto de poner término a los excesos del parlamentarismo. Para dar forma a su propósito llamó a la Moneda a las per-

sonas más representativas de la opinión nacional y trató lo referente a una Asamblea Constituyente. El 7 de abril designó una Comisión Consultiva, con la misión de elaborar un proyecto de Constitución Política. De sus debates salió la actual Carta Fundamental de 1925. Por la presión de los militares, Alessandri abandonó el gobierno y se llamó a nuevas elecciones. Los partidos políticos tradicionales se unieron y levantaron la candidatura de Emiliano Figueroa Larraín. Los elementos populares, asalariados, proclamaron la candidatura del doctor José Santos Salas, Ministro de Higiene y Previsión Social, autor de la Ley de Vivienda y de otras leyes sociales. Los organismos aglutinadores de aquel movimiento en pro de la solución del problema de la vivienda, fueron las Ligas de Arrendatarios.

Para llevar a cabo los trabajos de la postulación de José Santos Salas, se constituyó un Comité Nacional de Asalariados. También la apoyó la Foch y el ex diputado socialista Víctor Luis Cruz, figuró como Secretario General de aquel Comité. Los elementos socialistas se organizaron en la *Usrach* (Unión Social-Republicana de Asalariados de Chile), verdadero embrión de un partido laborista.

En aquellas elecciones triunfó Emiliano Figueroa con 187.000 votos. José Santos Salas obtuvo 74.000 sufragios. Su gobierno duró escaso tiempo por la intervención creciente de los militares y debió renunciar para dar paso al cesarismo castrense.

En 1924-25 los pronunciamientos militares barrieron con la vana y falsa retórica parlamentaria y con su corrompido sistema. Desgraciadamente, su predominio posterior, a consecuencia de la caída del infecundo sistema oligárquico amurallado en el Congreso, envolvió la pérdida de las libertades republicanas. Sobre el cansancio y la reprobación del pueblo, los militares exaltaron al César criollo, Carlos Ibáñez del Campo, cuya dura tiranía aniquiló la libertad y para adormecer la conciencia ciudadana, dio un gran impulso al desarrollo material superestructural. Aplastó la politiquería estéril y desterró la difusa charlatanería de los núcleos dirigentes de la casta plutocrática, pero, también, ahogó la crítica, la oposición, con lo cual florecieron el abuso, el favoritismo y el despilfarro.

Un balance del país, de su situación social, política y moral al asumir la dirección del gobierno los militares, se encuentra en la obra del sacerdote Guillermo Viviani Contreras: "Sociología Chilena. Nuestro Problema So-

cial", aparecida en 1926. Adepto al contenido social de las Encíclicas "Rerum Novarum" y "Quadragesimo Anno", no se le puede acusar de extremista y resentido, ni recusar su estudio como demagógico, dada su condición de miembro calificado de la Iglesia. Pues bien, su obra citada es un documento lapidario para la gestión gubernativa de las clases poseedoras y, al mismo tiempo, una condenación del egoísmo y la incapacidad de la oligarquía dominante. Al enfocar el problema social chileno analiza las clases sociales; su origen, sus divisiones y características más acusadas; en seguida, apunta los rasgos más sobresalientes de la evolución social del país; y, finalmente, plantea el fondo de la cuestión social chilena.

No obstante su posición espiritualista, cristiana, a menudo se le escapan afirmaciones del más puro corte materialista. Ante todo, reconoce que "la primera y más imprescindible necesidad de todo ser es alimentarse para vivir" y, por tal motivo, "el dinamismo de los pueblos hambrientos es terrible".

En su examen de las clases sociales, parte de la comprobación de un hecho indiscutible: "La riqueza de nuestro país está poco repartida. Un grupo reducido de familias tiene la propiedad de las principales haciendas del valle central, de casi todas las minas de carbón, cobre, plata y salitre, y dirige las instituciones de crédito, los bancos y el engranaje superior del alto comercio, de exportación e importación"...

Las llamadas clases altas son las clases de los grandes terratenientes, mineros, industriales y comerciantes; representan el capital organizado de Chile y su influencia es preponderante en la política, por medio de dos grandes partidos: el Conservador y el Liberal. Según G. Viviani: "El Estado ha permanecido, hasta hace poco, bajo la dirección, sin contrapeso, de una verdadera oligarquía que se repartía, para su beneficio, todos los más importantes y mejor remunerados puestos públicos y diplomáticos, los sillones de la Cámara de Diputados y el Senado; y elegía entre sus prohombres al Presidente de la República. El régimen, en que vivíamos, era popular y democrático, en su organización jurídica, tenía como base el sufragio universal, la elección de los gobernantes por el pueblo; y con todo, en la realidad, nuestra República era, y lo es todavía, la más aristocrática de todas las repúblicas americanas".

En sus formas de vida y en su conducta cotidiana las clases altas llevan un boato desmedido, con una fuerte inclinación al vicio: juegos en el club, o garito elegante; apuestas

mutuas del hipódromo, mantención de casas de placer... Sus rasgos en el plano moral, los resume así: "Profundamente religiosas y morales, en tiempo antiguo, a medida que han ido enriqueciéndose y transformándose en plutocracia, el lujo exorbitante y la sensualidad las ha ido paulatinamente relajando. En la vida económica han prescindido de la moral cristiana. De ahí, la falta de equidad con que un cierto número de grandes hacendados trata a sus inquilinos, el abuso en las especulaciones bursátiles, los escándalos por quiebras fraudulentas, las maniobras inmorales de los gestores administrativos, la explotación política de los ciudadanos pobres por el cohecho; y cien otros abusos, de todos conocidos, que han disminuido notablemente los sentimientos patrióticos del pueblo y han engendrado la desconfianza en los gobernantes"...

Aunque es claro para exponer los privilegios de la clase dominante, en los cuales reside su poder, su riqueza y su profunda inmoralidad, como sacerdote hace una concesión a su calidad de tal, y trata de encontrar en razones religiosas la propagación de aquellas injusticias y vicios imperantes. Así, lamenta la educación de las nuevas generaciones en el ateísmo, lo cual habría dado origen a innumerables focos de degeneración física y moral en ciudades y pueblos. No obstante, reconoce también que el avance del ateísmo se debe al debilitamiento de las fuerzas de la moralidad cristiana.

Después de caracterizar a las clases plutocráticas, analiza las clases medias, les asigna un papel de extraordinaria importancia, pero las encuentra corroidas por un movimiento intelectual antirreligioso que ha creado profundas raíces en su seno. Expresa: "en resumen, las clases medias, muchísimo más numerosas que las clases altas, con razón llamadas espina dorsal de las naciones, en el orden político, están representadas por los dirigentes del Partido Radical y Demócrata; y elementos de segundo orden de todos los demás partidos, cuya influencia social está supeditada a la de sus dirigentes. En el orden económico, representan el pequeño capital y la gestión de las empresas de poca importancia, la burocracia estatal, y las funciones variadísimas de la inteligencia al servicio del capital. En el orden moral, son un conjunto heterogéneo de grandes energías morales y católicas, y de no menos grandes perversidades morales e intelectuales, cuyo veneno descompone el organismo sano de la patria".

Luego lleva a cabo un completo examen de

los diversos estratos de las clases trabajadoras y lo inicia con esta afirmación: "Nuestros trabajadores tienen grandes cualidades físicas e inteligencia; lo que los coloca a la altura de los mejores del mundo. Son de fácil comprensión, mucho sentido práctico, y poseen una energía muscular extraordinaria. Cuando se construyó el canal de Panamá, la cuadrilla de obreros chilenos se distinguió, y superó en competencia a muchas otras cuadrillas de norteamericanos y europeos, y mereció los elogios unánimes y la admiración de sus empresarios y del pueblo".

Las condiciones de trabajo y de existencia de las clases obreras chilenas son inhumanas. Todos, obreros de la ciudad y de las minas, campesinos de las grandes haciendas, colonos e indígenas, experimentan la misma explotación desalmada y vegetan en la más degradante miseria. Los gañanes o peones, llamados vulgarmente "rotos", son la escala inferior de las clases obreras, analfabetos, sin familia ni hogar, hijos del azar, generosos, fuertes y vigorosos en las labores pesadas, trabajan en todas las grandes faenas, dando ejemplos de pujanza y de extraordinaria resistencia orgánica. Sin educación, no reconocen partido y venden su voto si están inscritos, sometidos al cohecho corruptor y a la influencia de cantinas embrutecedoras. Por otra parte, los inquilinos "sufren silenciosa y resignadamente la miseria" y en algunas regiones su situación "es casi insoportable. Son explotados sin piedad". Son, generalmente, analfabetos e ignorantes; no pertenecen a ningún partido y sólo obedecen a sus patronos: "en las provincias agrícolas las fuerzas políticas dependen principalmente de los grandes hacendados. Cada uno de éstos sabe que sus inquilinos le pertenecen como heredad".

He aquí un trozo sobre las condiciones económicas y sociales de las clases trabajadoras chilenas, según el sacerdote-sociólogo Guillermo Viviani: "Para comprender plenamente la situación económica y moral del proletariado, es necesario trasladarse a los suburbios de nuestra gran ciudad, recorrer los barrios populares, mal pavimentados, formados por conventillos insalubres y casitas anti-higiénicas, y entrar a las miserables habitaciones de los pobres. Oprime el alma, ver tanta degradación moral y física. Hombres y mujeres viven sin casarse en espantosa y repugnante promiscuidad. Niños sucios y harapientos, candidatos prematuros a todos los vicios, juegan en patios húmedos, mal olientes, llenos de miasmas deletéreos, y aguas detenidas. En una sola pieza habita, a veces, numerosa fa-

milia. La miseria escuálida siega vidas en flor, retoños apenas abiertos al sol de la primavera. La mortalidad infantil es enorme. En los jóvenes, se ceba la tuberculosis, infección universal que devora familias enteras. El alcoholismo, en su forma más cínica y escandalosa, y los juegos de carreras matan las sanas energías del obrero, el cual invierte en esos vicios, los salarios, a veces subidos, que gana en la fábrica o el taller; entre tanto, la mujer, cargada de un racimo de hijos, trabaja sin descanso, agotando su vitalidad materna, para asegurar el sustento a sus pequeñuelos y satisfacer sus más apremiantes necesidades. Tronco robusto de la raza, cae también a veces para no levantarse jamás, azotado por el vendaval de la miseria. Los niños abandonados, son recogidos piadosamente por otras mujeres, madres también de numerosos hijos, que conocen el dolor de vivir pobre. La caridad de nuestro pueblo es inagotable".

En cuanto a la tragedia de los obreros mineros describe un cuadro aterrador: "Donde la situación de los mineros es digna de especialísima consideración y estudio, es en la Pampa, inmensa planicie, calcinada por el sol, sin vegetación, árida y desolada como un desierto. Sus riquezas en yacimientos de salitre y minas de cobre son fabulosas. Sobre la vasta planicie a mil, dos mil, tres mil metros de altura, está la Oficina. Allí nada se produce, no crece yerba ni pasto, ni es posible mantener animales para beneficiarlos. Los productos indispensables para la subsistencia vienen de afuera, del puerto. Los encarga la empresa explotadora. La elaboración del salitre y el cobre exige un esfuerzo humano ingente, efectuado en condiciones por demás difíciles. Hay trabajos tan duros que el más fornido obrero no los resiste más de seis meses. En ninguna parte, la organización capitalista y su gran almacén económica se manifiesta al espíritu de los trabajadores con mayor claridad que en las oficinas de la Pampa. Cada oficina reúne dos mil, cinco mil y a veces diez mil obreros, que han venido, en enganches, de campos floridos y fértiles a la trágica y solitaria llanura. La Empresa que les da trabajo instala almacenes, llamados pulperías, donde se vende la carne, el pan, todos los artículos de consumo y de tienda. Allí nada falta, pero todo es caro.

"Las dificultades para la conducción de los productos, el espíritu de lucro de las administraciones de las Pulperías, la escasez de artículos de primera necesidad, muchos de los cuales deben ser traídos desde la región central del país, y otros factores, como la no com-

petencia, influyen poderosamente en el subido valor de los objetos que la Pulpería vende. Por eso, aunque los salarios sean buenos, el obrero los gasta totalmente en su subsistencia y la de su familia. Además, los garitos clandestinos en que, con simulada ignorancia de la policía, se juega a las cartas, se vende licor, y se mantienen entretenciones inmORALES, destruyen las sanas energías del obrero, fomentan el vicio y conducen a la miseria.

“En suma, el minero ve que la Oficina que ha pagado su trabajo con un regular salario recibe, a los pocos días, ese mismo salario en cambio de las mercaderías que le vende a subido precio. Ella gana así dos veces: primero, como Empresa productora de salitre o cobre; después como almacén universal que tiene, de hecho y sin posibilidades prácticas de competencia, el monopolio total y cerrado del comercio. Ningún objeto llega a la Oficina sin el visto bueno de sus jefes. Como, por otra parte, todos los servicios públicos, la Administración de Justicia, la Policía, el Ejército, las oficinas de Registro Civil, etc. . . . están, aunque no por derecho, a lo menos de hecho, bajo la dirección y patronato de los gerentes de la Oficina, los trabajadores de minas se hallan como seres indefensos y siempre pobres, parias en su propia tierra, ante la potencia formidable del capital organizado y anónimo, el cual se enriquece considerablemente. Algunas oficinas han pagado en pocos años de explotación, los millones de pesos invertidos en sus maquinarias; y han comenzado a dar una ganancia líquida enorme a los capitalistas que las instalaron. Se explica con lo dicho, que los pampinos sean obreros descontentos de su propia suerte, en los cuales se desarrolla rápidamente, el espíritu revolucionario. El movimiento socialista y comunista ha dominado la Pampa y logrado, con continuas huelgas y reclamaciones, mejorar un poco las duras condiciones del trabajo. Es digna de admiración esa inmensa multitud de héroes anónimos que, bajo un sol inclemente, rinde la vida trabajando y enriqueciendo a las grandes compañías extranjeras y nacionales, a grandes compañías extranjeras y a la patria. El gobierno y las empresas mineras, se han preocupado muy poco de mejorar la situación económica y moral de los trabajadores de la Pampa” . . .

Por las terribles condiciones expuestas se producen continuos motines y conatos revolucionarios, sofocados por medio de sangrientas represiones. Como sacerdote-sociólogo se lamenta de la falta de curas y de la reducida acción religiosa y moral en la región, de tal

suerte que esas poblaciones están impregnadas de la más absoluta indiferencia religiosa.

Al enfocar la evolución social de Chile afirma que la existencia de la oligarquía económica ha tenido como resultante lógica la formación de una oligarquía política, y así los políticos dirigentes de los partidos Conservador, Liberal y Radical, tienen como hacendados, industriales o capitalistas, más afinidades económicas entre ellos que con los ciudadanos de las clases medias y obreras de sus asambleas respectivas. Por otro lado, se ha constituido una inmensa burocracia que obstaculiza el desarrollo de la nación, a causa de sus poderosos intereses creados. Pero lo más grave es la desnacionalización de la economía chilena:

“La evolución capitalista de las clases altas está actualmente íntimamente ligada al desarrollo de grandes empresas extranjeras, principalmente norteamericanas e inglesas. Capitales más poderosos han arrastrado tras sí muchos capitales chilenos, que se han colocado bajo su tutela y protección. De este modo, poco a poco, se va convirtiendo nuestro país en una factoría extranjera; y las grandes riquezas de nuestro suelo pasan a manos de personas extrañas que ni siquiera nos conocen. Es verdad que las empresas extranjeras benefician a nuestro pueblo porque le proporcionan trabajo en abundancia; pero también lo es que las grandes oligarquías financieras que ellas forman, procuran ejercer un tutelaje, económico primero, después político, y por último moral sobre nuestra patria. Y como no es posible ni conveniente impedir la llegada de capitales extranjeros, a un país nuevo y vigoroso como el nuestro, es necesario que con sabia política, el Gobierno establezca un equilibrio en la presión económica ejercida por los capitales de los diversos países y sus respectivos intereses con el objeto de mantener incólumes la libertad e independencia nacionales”.

Para Guillermo Viviani, la cuestión social chilena deriva de la explotación capitalista. El capitalista quiere ganancia sin trabajo personal, y los capitalistas y gerentes propenden a pagar los más bajos salarios a sus trabajadores y a despedirlos cuando no los necesitan, porque en la organización económica capitalista se considera el trabajo como una mercancía sujeta a la ley de la oferta y la demanda, en circunstancias que el trabajo debe ser dignificado, permanente y retribuido con un salario no sólo equivalente al servicio prestado, sino también proporcionado a las necesidades de vida del obrero que lo recibe.

En definitiva, las consecuencias de la explotación y especulación capitalistas se traducen en el fenómeno social de diferenciación de clases: mientras los ricos se hacen cada vez más ricos, los pobres son cada día más pobres. "La estructura económica capitalista, hoy predominante, tiene refracciones morales dilatadísimas. Ella ha empobrecido progresivamente a las clases bajas, y ha acumulado la riqueza en manos de pocas personas. Miseria, en los de abajo; lujo exorbitante, en los de arriba. El industrialismo moderno ha sacado a la mujer de su hogar, y la ha llevado a talleres y fábricas, en busca del salario indispensable para su subsistencia. La organización económica actual favorece la inmoralidad y propende a la destrucción de la familia".

Mientras los capitales nacionales se han dedicado más a la especulación que a la labor productiva, el gobierno gasta más de lo que gana y se endeuda, de tal suerte que el pago de los intereses de la deuda pública es un pesado fardo que impide la máxima expansión económica del país. Por otro lado, el elevado consumo de riqueza en el sostenimiento del lujo de las clases altas, sustrae capitales a la producción de la riqueza destinada a satisfacer las necesidades del pueblo y a abaratar la vida. En lo político, se extiende el pernicioso vicio del cohecho, y los elegidos son todos de las clases pudientes o a su entero servicio. Así el Parlamento, representante genuino de la burguesía, no se ha preocupado de la situación del pueblo, ni de sus miserias, ni de sus vicios, que consumen en flor sus mejores energías. Los partidos políticos se han convertido en sociedades de socorros mutuos, buscando sus propias conveniencias de grupo, y no el bien general del país. Y a su alrededor prolifera, y aumenta, una dañina casta de gestores administrativos, de nefasta actividad, que origina negociados con los bienes nacionales, defraudaciones al Fisco y grandes especulaciones.

Desde extremos opuestos, el lujo exorbitante de las clases altas y la miseria de las clases populares, fomentan la corrupción, el robo y el vicio. La sociedad entera camina envuelta en la sordidez y en su centro exalta el egoísmo de los poderosos, no pone límites a sus ambiciones "y estima que el aplastamiento de los débiles es una fatalidad necesaria e irremediable".

La dictadura militar de 1927-1931 no modificó en lo más mínimo la tremenda realidad reseñada por Guillermo Viviani. Más bien

agravó la situación nacional, porque no dio solución a sus problemas básicos y, en cambio, para mantenerse en el poder, otorgó nuevas y amplias concesiones a los consorcios internacionales y endeudó, en forma desmedida e irresponsable, al país por medio de cuantiosos empréstitos. La nación quedó sometida al imperialismo norteamericano. Al atraso interno impuesto por el predominio de la clase terrateniente, sustentadora del latifundio, se sumó el saqueo colonial de la arrolladora penetración imperialista de los monopolios norteamericanos.

La crisis capitalista de 1929-1930 puso al desnudo las tremendas injusticias y las insolubles contradicciones de ese régimen semi-feudal y semicolonial; y el descontento de las grandes masas laboriosas frente a los seculares privilegios y a la dictadura, desató un movimiento de resistencia que se transformó en abierta insurgencia revolucionaria hasta provocar la caída de la tiranía el 26 de julio de 1931.

A raíz del derrocamiento de Ibáñez, quien se fugó a la Argentina, volvió al poder la oligarquía levantando la enseña del "civilismo" como antídoto a la "dictadura militar". Su gobierno, cuyo personero fue el abogado radical Juan E. Montero, se demostró incapaz y desubicado históricamente. No intentó la menor reforma económica y social en favor de las masas y, por el contrario, reafirmó el poder del latifundio, de la Iglesia y del imperialismo. Su esterilidad realizadora y su orientación reaccionaria agudizaron el descontento nacional y dieron origen a un "pronunciamiento" de militares y civiles, dirigido por Marmaduke Grove, Comodoro del Aire, y Eugenio Matte Hurtado, abogado y tribuno brillante, quienes dieron vida a una efímera república socialista, del 4 al 16 de junio de 1932, bajo el lema de "Pan, Techo y Abrigo para el pueblo". Aunque la oligarquía, apoyada en milicias represivas semi-militarizadas y sostenida por el imperialismo, logró retomar el control del país y afirmarse en el poder, la violenta lucha de clases de este período sacó a las masas populares de su resignada sumisión, elevándolas al plano de la actividad política revolucionaria, dándoles clara conciencia de sus intereses y necesidades. Como expresión de ese despertar y de su destino soberano nació el Partido Socialista, en cuyas filas se aglutinó un sector inmenso y dinámico de los trabajadores manuales e intelectuales del país, el 19 de abril de 1933, iniciándose una nueva etapa en las luchas de las clases asalariadas del proletariado chileno.